



MEDITACIÓN ANTE EL SEÑOR DE LA SALUD Y BUEN VIAJE

«¿Cómo pagaré al Señor todo el bien que me ha hecho?»

José Gabriel Millares Martín

Sevilla, martes 5 de abril de 2022

Iglesia de San Esteban

«Pero Él tomó sobre sí nuestras enfermedades, cargó con nuestros dolores y nosotros lo tuvimos por castigado, herido de Dios y humillado. Pero Él fue traspasado por nuestras iniquidades, molido por nuestros pecados. El castigo, precio de nuestra paz, cayó sobre Él y por sus llagas hemos sido curados. Todos nosotros andábamos errantes como ovejas, cada uno seguía su propio camino, mientras el Señor cargaba sobre Él la culpa de todos nosotros. Fue maltratado, y Él se dejó humillar, y no abrió su boca; como cordero llevado al matadero y, como oveja muda ante sus esquiladores, no abrió su boca». (Is 53, 4-7)

Buenas noches, hermanos.

Me gustaría comenzar agradeciendo su presencia aquí: a D. José, nuestro querido director espiritual, a D. Juan José, nuestro párroco, y a Fray Gonzalo, párroco de Ntra. Sra. de los Desamparados. Gracias, Hno. Mayor de la Hermandad. de Ntra. Sra. de la Luz, Hna. Mayor de la Cofradía del Sagrado Corazón de Jesús, y a todos los presentes. Mostrar también mi agradecimiento por la confianza depositada en mi persona, a Luis, nuestro Hermano Mayor, y a toda su Junta de Gobierno, por encomendarme la responsabilidad de llevar a cabo la meditación ante Nuestro Padre Jesús de la Salud y Buen Viaje. Con la esperanza de no defraudar a nadie, y valorando en gran medida las meditaciones de quienes me precedieron en esta tarea, lo confío todo a la Divina Providencia de nuestro Señor Jesucristo y al amparo de su Bendita Madre.

Ante Nuestro Padre Jesús de la Salud y Buen Viaje, como se lee en nuestra Regla novena que es una: «Advocación que representa el misterio pasional de la humillación que recibió Nuestro Señor Jesucristo...». Y, aprovechando que se encuentra dispuesto para su entronización en el paso procesional, me gustaría meditar sobre ese atroz momento de gran ignominia dentro de la Pasión, que representa el escarnio y humillación que tuvo que sufrir Nuestro Señor cuando lo coronaron de espinas. Desde siempre me ha sobrecogido mucho la iconografía de nuestro Sagrado Titular, así como, lo representado en el pasaje evangélico, denominado por algunos cofrades, el “Misterio de la Burla”.

Nos dice el Catecismo de la Iglesia Católica, que: «La meditación es, sobre todo, una búsqueda. El espíritu trata de comprender el porqué y el cómo de la vida cristiana para adherirse y responder a lo que el Señor pide...»¹

Señor, ayúdanos a meditar el porqué y el cómo sucedió aquel episodio de tu coronación de espinas y de la cruel burla que recibiste en tu Pasión. Que tu Santo Espíritu nos acompañe, Señor, para que esta meditación transforme nuestro corazón, para que sea fortalecida nuestra voluntad de ser fieles seguidores y testigos de Nuestro Padre Jesús de la Salud y Buen Viaje.

¹ *Catecismo de la Iglesia Católica*, Asociación de Editores del Catecismo, Bilbao, 2012, nº 2705

Para realizar la meditación, atenderemos a la fuente principal, que no es otra que los Santos Evangelios. Como decía San Jerónimo, «ignorar las Sagradas Escrituras es ignorar al mismo Jesucristo». Me serviré también de textos de famosos autores de espiritualidad, que meditaron con maravillosa profundidad, la coronación de espinas y la escarnecida mofa que sufrió Nuestro Señor Jesucristo. Son textos extraídos de lecturas que han alimentado espiritualmente mi alma y vida de cristiano.

Para situarnos, comencemos con el Evangelio de San Mateo, en el que leemos:

«Entonces los soldados del gobernador se llevaron a Jesús al pretorio y reunieron alrededor de Él a toda la cohorte; lo desnudaron y le pusieron un manto de color púrpura y trenzando una corona de espinas se la ciñeron a la cabeza y le pusieron una caña en la mano derecha. Y doblando ante Él la rodilla, se burlaban diciendo: “¡Salve, rey de los judíos!”. Luego le escupían, le quitaban la caña y le golpeaban con ella la cabeza». (Mt 27, 27-30)

Nuestro Padre Jesús de la Salud y Buen Viaje en la humillación que sufre muestra la grandeza y la fuerza de Dios. El Señor se prepara para ser el Rey que salva a todos, y para cargar con el pecado del mundo, como lo había anunciado el profeta Isaías que citamos al principio.

Señor, te dejaste humillar en un escarnio inmerecido, para que sepamos ahondar en el inmenso Amor que nos tienes. Derramaste hasta la última gota de sangre para purificar nuestro corazón, y alimentar nuestra hambre y sed de Ti. Señor, danos tu Gracia; para que, contemplando los pasajes de tu Pasión, podamos ver que te entregaste a la muerte para que nosotros tengamos vida en Ti; te hiciste esclavo para concedernos la libertad; entraste en nuestra oscuridad para darnos tu Luz cegadora; abrazaste todas las humillaciones y ultrajes que sufriste, como abrazaste con tus divinas manos la Santa Cruz para redimirnos.

«¿Cómo pagaré al Señor todo el bien que me ha hecho?» (Sal 115,12)

En la admirable obra del famoso Padre Luis de la Palma, “La Pasión del Señor”, una joya escrita hace casi cuatro siglos, que nos narra magistralmente a manera de conmovedora y emocionada oración, la Sagrada Pasión de nuestro Señor, extraemos del capítulo “Los soldados se burlan del Señor”, lo siguiente:

«Después le vistieron una clámide brillante de color púrpura. Quizá fuera mejor decir que le envolvieron en un andrajo sucio y viejo que fue una clámide. La clámide de color púrpura era una capa corta que usaban los emperadores romanos, con lo que la burla quedaba más patente contra el que había querido hacerse rey. Era vieja, rota y

sucia, y se la echaron encima de cualquier manera, con lo que demostraban que su pretensión había sido la de un loco. Luego hicieron una corona de espinos (Jn 19,2) (...) se la clavaron con toda su fuerza, a golpes de tenaza o con palos para no lastimarse. Entonces comenzaron las burlas al rey fingido. Luego “le pusieron una caña en la mano derecha” para que hiciese de cetro (Mt 27,29). Juzgaban a Cristo como un hombre vacío y sin sentido, como es la caña. Así pensaban de su reino, que era algo quebradizo y sin firmeza, como una caña. (...) Y se renovaban las risas, y resbalarían lágrimas de dolor de los ojos de Jesús, Rey de reyes, divina Majestad, Señor de los que dominan, Dios». ²

Aquí me gustaría hacer un paréntesis en la obra citada, porque hemos leído que: “*resbalarían lágrimas de dolor de los ojos de Jesús*”, y es precisamente como en la iconografía de nuestro Sagrado Titular se nos presenta, derramando seis lágrimas por sus mejillas.

Nuestro Padre Jesús de la Salud y Buen Viaje, **¿por qué lloras, Dios mío?** ¿qué te hace derramar esas preciosas lágrimas por tu rostro? Sí, sé que no eres indiferente a nuestros sufrimientos y lloras cuando nos hacemos daño entre nosotros, cuando nos alejamos de Ti, cuando nos olvidamos de tu inmenso Amor, cuando dejamos de orar y de mirar a tu ventana. Lloras cuando pasamos de largo ante las dificultades de nuestros hermanos, cuando no nos comportamos como verdaderos

² Cf. DE LA PALMA, L., *La Pasión del Señor*, Ediciones Palabra, Madrid 2018, Vigésimosexta edición, pág. 120 y ss.

discípulos tuyo, cuando no abrazamos tu Evangelio para hacerlo vida, y poderlo transmitir con nuestro testimonio. Lloras por nosotros, cuando no amamos a Dios sobre todas las cosas y no amamos al prójimo como tú nos enseñaste. Lloras cuando pecamos y no contamos con tu Divina Misericordia, para levantarnos y comenzar de nuevo. Lloras cuando no abrimos nuestro corazón a Tu Sagrado Corazón que está siempre abierto de par en par, y es manantial de tus lágrimas sanadoras, para lavar la bajeza a la que nos llevó el pecado.

«¿Cómo pagaré al Señor todo el bien que me ha hecho?» (Sal 115,12)

Volviendo al texto del P. Luis de la Palma, seguimos leyendo:

«Tenía la cabeza inclinada el que es Cabeza de todos los hombres, pero el Señor la levantó para que nosotros, que estábamos caídos, nos levantáramos también. Fingían adorarle, lo fingían como los hipócritas, que honran a Dios de palabra y su corazón está lejos y sus obras le ofenden. (...) Convenía que la púrpura no valiera nada y fuera vieja, porque su verdadero vestido de rey eran sus llagas y era su sangre, y eran sus fieles amigos por quienes moría. (...) Su corona fue de espinas, y bien clavadas en su cabeza; así tuvo que ser, porque su reino iba a ser firme y perpetuo, sólo así su corona nunca caería y nadie podría quitársela. Su cetro era de caña, sí, pero de hierro. Y así sucedió: los apóstoles salieron de Jerusalén y dominaron con su palabra todo el mundo, y todo el mundo fue reino de Cristo. Pero la fuerza y el poder no era de ellos, sino que les venía de arriba. Ellos

eran débiles como lo es la caña, y el Señor les hizo fuertes. Quiso el Señor que su cetro fuera una caña para que su triunfo no se atribuyera a la caña sino a Dios, que la sostiene. Las ceremonias de burla que Jesús padeció eran también necesarias para su reino, porque su reino exige que esté fundado en hombres pacientes, que sepan despreciar los aplausos del mundo, y que sepan renunciar de verdad a todas las cosas mundanas que apartan de Dios».³

Como escribía el historiador y sacerdote español, Federico Suarez, en su obra: “La Pasión de Nuestro Señor Jesucristo”, con un lenguaje sencillo y a la vez contundente, pero en clave de oración:

«Ellos [se refiere a los que participaron en aquella miserable burla] eran pecadores, pero también nosotros somos pecadores. Tú te pusiste en nuestras manos, y nuestras manos ¿qué es lo que hicieron? Azotarte hasta la extenuación y dejar convertido tu cuerpo en una pura llaga; golpearte en la cara, escupirte, y con burla también darte con la caña en la cabeza, cubierta con esa corona de espinas que nuestras manos de pecadores tejieron para humillarte. (...) Perdón, Jesús, por la parte que yo he tenido, como pecador que soy, en las burlas, los golpes, los salivazos y las humillaciones, en el ensañamiento con que te trataron, y que todavía estamos prolongando en tu Cuerpo Místico. (...) Nunca más, Jesús, te escupiré ni abofetearé; nunca más me burlaré de tu paciencia; nunca más dejaré

³ Cf. DE LA PALMA, L., *La Pasión del Señor*, Ediciones Palabra, Madrid 2018, Vigésimosexta edición, pág. 122 y ss.

de creer de verdad en tus palabras. Haz que aprenda a ver las cosas como tú las ves, a dolerme de lo que a ti te duele; así, a pesar de mis debilidades, tú harás que cada día me vaya pareciendo más a ti».⁴

Señor, soy como aquella capa púrpura que te pusieron: vieja, sucia y que no vale nada. Soy débil como lo es la caña hueca que pusieron en tus manos. Aún hoy, siguen las burlas, los golpes y los salivazos, porque sigue mi frialdad a tu gran amor. Aún siguen clavadas en tu cabeza las espinas de mis faltas de perdón y de mis faltas de amor a mis hermanos. **Señor mío, ¿por qué me burlo de Ti?**, ¿por qué no valoro más tu gran Amor?, ¿por qué no me conmueven tus espinas clavadas, tus lágrimas y todos los golpes que recibiste?, ¿por qué no se estremecen mis entrañas al verte así tan dolorido por mí? Nuestro Padre Jesús de la Salud y Buen Viaje, que todo mi cuerpo quede como tu clámide púrpura, teñido de tu sangre, para que sean lavados todos mis pecados. Para que mi pobre barro quede empapado de tu Gracia, de tu Misericordia y de tu Amor. «Que tu Misericordia, Señor, venga sobre nosotros, como lo esperamos de Ti». (Sal 32, 22)

«¿Cómo pagaré al Señor todo el bien que me ha hecho?» (Sal 115,12)

Como reflexionaba S. Alfonso María de Liguorio, en su obra “Meditaciones sobre la Pasión de Jesucristo”, en la coronación y el suplicio que recibió el Señor, meditaba: «Sí, Jesús mío, nosotros, con

⁴ Cf. SUÁREZ VERDEGUER, F., *La Pasión de nuestro Señor Jesucristo*, Ediciones Rialp, Madrid 2018, Decimoprimera edición, pág. 106 y ss.

nuestros detestables y voluntarios pensamientos, hemos forjado la corona de espinas que traspasó vuestra frente. (...) Contrito y humillado me acerco a vosotras, espinas santificadas con la sangre del Hijo de Dios; traspasad mi alma y trocadla en víctima perpetua de expiación por haber ofendido a un Dios tan bueno. (...) ¡Oh, afligido Salvador mío! ¡Oh Rey del mundo, a qué extremos de humillación os veo reducido, a servir de rey de dolor y befa, ¿puede llegar a mayores extremos la crueldad de aquella bárbara gente, que, no contenta con haber destrozado vuestro cuerpo desde los pies a la cabeza, os somete ahora a nuevos escarnios y a nuevos ultrajes? Si esto me maravilla, admírome más todavía de vuestro amor y de vuestra mansedumbre, al considerar que con infinita paciencia sufrís y aceptáis tamañas ofensas».⁵

Lo que nos dice el Evangelio de San Marcos en su capítulo decimoquinto, es muy similar a lo escrito por San Mateo, y no lo vamos a repetir. Pero de nuevo S. Marcos anota las groserías de los soldados romanos, que lo reconocen rey, pero en tono de burla. Los soldados se mofan de la realeza de Jesús, pero sin darse cuenta, le confiesan como lo que es: Rey.

Sobre este mismo pasaje evangélico, el popular sacerdote José Luis Martín Descalzo en su obra "La Cruz y la Gloria", perteneciente a la

⁵ Cf. DE LIGORIO, S. A. M^a., *Meditaciones sobre la Pasión de Jesucristo*, Ediciones Palabra, Madrid 2017, Sexta edición, pág. 195 y ss.

trilogía: “Vida y Misterio de Jesús de Nazaret” y dentro del capítulo “La coronación del rey” describe, de forma excelente, la coronación y las burlas, que él llama “El juego”, y nos añade un dato importante que es el siguiente:

«No sabemos cuánto duró la escena. Los términos usados por los Evangelios dan impresión de que estos sarcasmos se repitieron varias veces. E irían haciéndose progresivamente más crueles, como en toda fiesta de hombres aburridos y necesitados de un desahogo. Algo, además, les excitaba mayormente: el silencio, **el dramático silencio de Jesús**. Si el preso les hubiera devuelto insultos y palabrotas, pronto hubieran terminado por cansarse del juego o hubieran llevado sus agresiones hasta la muerte. Aquel silencio terrible de Jesús les excitaba en cambio, les empujaba a un mayor refinamiento, pues, al mismo tiempo que insultaban, se sentían derrotados por el agredido. Y esto les encolerizaba más y más».⁶

Como decía S. Juan de la Cruz, «el **silencio** es el primer idioma de Dios». Señor, tu amor incondicional hacia nosotros, te lleva al silencio, no quieres defenderte. Como profetizó Isaías en la cita que leí al principio: «... como cordero llevado al matadero y, como oveja muda ante sus esquiladores, no abrió su boca». Señor, tu silencio y paciencia son un vivo ejemplo para los que sufrirán burlas e injurias en sus vidas. Ayúdanos, Señor, a soportarlo. Dame, Señor, capacidad

⁶ MARTIN DESCALZO, J. L., *Vida y Misterio de Jesús de Nazaret. La Cruz y la Gloria*, Tomo III, ediciones Sígueme, Salamanca 1998, Decimosegunda edición, pág. 284

para interpretar tus silencios y comprender lo que quieres de mí. Toca, Señor, mis oídos, para que se abran, «Effetá», al rumor de tu Presencia y pueda escuchar el clamor de mis hermanos. También eres, Señor, la voz del que grita pidiendo justicia, de los que no cuentan en esta sociedad, de los que se encuentran en situación de vulnerabilidad extrema, de los que viven a la intemperie de la exclusión, de los que no dejan nacer y son cruelmente descartados. «El Señor es compasivo y misericordioso, lento a la ira y rico en misericordia». (Sal 102, 8)

El Papa emérito Benedicto XVI, en su monumental obra “Jesús de Nazaret”, nos aclara un matiz importante que no debemos obviar, y es que, en el Proceso a Jesús y su coronación de espinas, se hacen presente los dos aspectos del Señor: el de hombre y el de Dios. Y dice así:

«Los soldados juegan cruelmente con Jesús. Saben que dice ser rey. Pero ahora está en sus manos, y disfrutan humillándolo, demostrando su fuerza en Él, tal vez descargando de forma sustitutiva su propia rabia contra los grandes. Lo revisten –a un hombre golpeado y herido por todo el cuerpo– con signos caricaturescos de la majestad imperial: el manto de color púrpura, la corona tejida de espinas y el cetro de caña. Le rinden honores: “¡Salve, rey de los judíos!”; su homenaje consiste en bofetadas con las que manifiestan, una vez más, todo su desprecio por Él. (...) En Jesús aparece lo que es propiamente el

hombre. En Él se manifiesta la miseria de todos los golpeados y abatidos. En su miseria se refleja la inhumanidad del poder humano, que aplasta de esta manera al impotente. En Él se refleja lo que llamamos “pecado”: en lo que se convierte el hombre cuando da la espalda a Dios y toma en sus manos por cuenta propia el gobierno del mundo. Pero también es cierto el otro aspecto: a Jesús no se le puede quitar su íntima dignidad. En Él sigue presente el Dios oculto. **También el hombre maltratado y humillado continúa siendo imagen de Dios.** Desde que Jesús se ha dejado azotar, los golpeados y heridos son precisamente imagen de Dios que ha querido sufrir por nosotros. Así, en medio de su Pasión, Jesús es imagen de esperanza: **Dios está del lado de los que sufren».**⁷

¡Gracias Señor por hacerte uno de nosotros! Gracias por convertirte en nuestro amigo y hermano. Gracias, por querer sufrir con y por nosotros.

«¿Cómo pagaré al Señor todo el bien que me ha hecho?» (Sal 115,12)

El Evangelio de San Lucas nos relata una burla distinta, que se produce en un momento anterior al ocurrido en el pretorio. No es el oprobio que nos ocupa esta meditación, pero es una afrenta más que sufrió nuestro Señor. Pone el foco en los ultrajes e injurias de los que custodiaban a Jesús en casa del sumo sacerdote.

⁷ Cf. RATZINGER, J./BENEDICTO XVI, *Jesús de Nazaret*, Ed. Encuentro (Completa), Madrid 2018, pág. 519

En el Evangelio de San Juan, todo lleva a la realeza de Jesús: la corona, el manto de púrpura y el saludo de los soldados. El Señor confirma su propia realeza mediante su Pasión.

Leamos el pasaje del Evangelio de San Juan:

«Entonces Pilato tomó a Jesús y mandó que lo azotaran. Y los soldados le pusieron en la cabeza una corona de espinas que habían trenzado y lo vistieron con un manto de púrpura. Y se acercaban a él y le decían: Salve, Rey de los judíos. Y le daban bofetadas». (Jn 19,1-3)

Lo afirma muy bien el Padre Luis M.^a Mendizábal, en su obra “Los Misterios de la Vida de Cristo”, refiriéndose a este Evangelio y durante la coronación de espinas:

«Lo que Juan quería subrayar —y no comprendían los soldados—, es que cuanto más profundamente humillado, cuanto más ensangrentado y más próxima la muerte, tanto más vencedor es de hecho. En esas burlas está viendo que de veras es el Rey, que ahora está siendo entronizado. Es la burla al Rey de los judíos, la burla al testimonio de la Verdad, a la revelación del amor de Dios. Ese Rey del que se burlan es verdadero Rey. En esa humillación está mostrando su amor extremo».⁸

Y el Padre Mendizábal termina este episodio proporcionándonos un bello consejo hecho oración: «Acércate hasta el latido de su Corazón,

⁸ MENDIZÁBAL, L. M.^a, *Los Misterios de la vida de Cristo*, BAC, Madrid 2018, pág., 304

donde te ama y donde es Rey de amor. Y ahí entonces, arrodíllate delante de él, haz la genuflexión de veras, y dile: “Salve, Rey mío, Rey del mundo. A través de tu humillación reconozco tu amor, me rindo a tu amor. Te amo por los que no te aman, te reconozco por los que no te reconocen, te adoro por los que se burlan de Ti”».⁹

«¿Cómo pagaré al Señor todo el bien que me ha hecho?» (Sal 115,12)

Nuestro Padre Jesús de la Salud y Buen Viaje, dos advocaciones por las que te imploraban protección y amparo todos aquellos viajeros que pasaban por tu Ventana al salir de la ciudad.

Invoco tu Bendita advocación **de la Salud**:

Señor, por tu amor, reparte a mis hermanos tu protección,
conforta nuestros ánimos,
remedia nuestras dolencias,
sana nuestras debilidades,
aparta de nosotros la enfermedad,
y devuélvenos Tu Salud.

Señor, te ruego que bendigas a nuestros hermanos enfermos,
reconforta sus espíritus,
dales paciencia y fortaleza en el sufrimiento,
y haznos partícipes en aliviar sus necesidades.

⁹ MENDIZÁBAL, L. M.^a, *Los Misterios de la vida de Cristo*, BAC, Madrid 2018, pág., 304

Señor, confiamos siempre en Ti,
en la salud y en la enfermedad,
nos ponemos en tus manos para dejarnos sanar,
para llenarnos de tu Gracia y Bienestar.

Como leíamos en Isaías: «Pero él tomó sobre sí nuestras enfermedades, cargó con nuestros dolores... y por sus llagas hemos sido curados». (Cf. Is 53,4-5) El Señor sana a quienes «...escuchan su Palabra y la cumplen». (Cf, Lc 11, 28) Señor, abre mi mente y mi corazón, para que atienda las necesidades y enfermedades de mis hermanos.

Guía nuestras vidas, Señor, y danos un **Buen Viaje**, para que lleguemos al puerto que nos tienes prometido, salvos y felices.

«El Señor es mi Pastor, nada me falta: en verdes praderas me hace recostar; me conduce hacia fuentes tranquilas y repara mis fuerzas; me guía por el sendero justo... Aunque camine por cañadas oscuras, nada temo, porque tú vas conmigo...». (Cf. Sal 22,1-4) Señor, eres «lámpara para mis pasos, y Luz en mi sendero» (Cf. Sal 118,105) «Enséñame, Señor, tu camino, para que siga tu verdad» (Sal 85,11ab)

Señor, desde tu ventana eres mi faro y mi guía,
eres la brújula que me hace llegar a buen puerto,
porque cuando me pierdo me sacas de mi desierto,
por eso dame siempre tu protección y compañía.

Señor, quiero llevar a tu ventana alumbrada,
a los que encuentre perdidos en mi camino de vida,
porque quiero acercar tu Palabra Sagrada,
a los que quieran escucharla de manera encendida.

Señor, seguirte, es proclamar tu Mensaje.

Señor, seguirte, es remar a lo más profundo.

Señor, seguirte, es locura de amor fecundo.

Señor, seguirte, es hacer un Buen Viaje.

Y para seguirle, el Señor nos enseñó como rezarle al Padre con el Padrenuestro. «En los Evangelios, frecuentemente se muestra al Señor en oración, porque está en constante comunión con el Padre». (Cf. Compendio, CIC, nº542)

El Padrenuestro es «el resumen de todo el Evangelio», decía Tertuliano. O, «es la más perfecta de todas las oraciones», como afirmaba Santo Tomás de Aquino. Lo primero que nos enseña, es decir: «Abbá». Nos acostumbra a hablar con un Dios cercano, un Dios Padre de todos. «Abbá» es la palabra clave para entender la vida de otra manera, para comprender que no estamos solos. «Abbá» es la palabra que contiene todo el amor del mundo, pues «Dios es amor» (1 Jn 4,8). El Señor nos dijo: «Cuando recéis, no uséis muchas palabras, (...) vuestro Padre sabe lo que os hace falta antes de que lo pidáis. Vosotros orad así...». (Cf. Mt 6, 7-9)

Señor, aún resuenan en nuestros oídos, cuando tu Hermandad de San Esteban peregrinó a Tierra Santa, y en el mismo lugar que enseñaste el Padrenuestro a tus discípulos, nos cantó un hermano que vive en Madrid, un Padrenuestro muy especial, que guardaremos para siempre en nuestra memoria y nuestros corazones. Por eso, ante Ti, Señor, hoy me gustaría rezarte:

PADRE NUESTRO; y de todos mis hermanos de S. Esteban en comunión; los que estuvieron y ya gozan de tu Gloria, los que están y los que vendrán.

QUE ESTÁS EN EL CIELO; y aquí entre nosotros, en nuestros corazones, cuando somos humildes, justos, arrepentidos, y llenos de amor al hermano.

SANTIFICADO SEA TU NOMBRE; y santificamos Su Nombre, cuando nos dejamos transformar el corazón por el Señor. Cuando Él habita en nosotros y participamos de ese perfecto Amor de Dios.

VENGA A NOSOTROS TU REINO; cuando todos somos hermanos, compartiendo en fraternidad y amor, trabajando por un mundo más justo y en paz, según las Bienaventuranzas. Ahí es cuando viene a nuestras vidas Su Reino. Señor, Paz y Bien para nuestro mundo.

HÁGASE TU VOLUNTAD EN LA TIERRA COMO EN EL CIELO; y Su Voluntad es que todos los hombres se salven, y que nos amemos los unos a los otros como Él nos ama. Unidos al Señor cumpliremos Su Voluntad, como lo hizo la Virgen María.

DANOS HOY NUESTRO PAN DE CADA DÍA; el Señor nos ayudará para que podamos compartir el pan de la caridad, del perdón, de la humildad, y de la vida en Dios. Él que nos dio la vida, no deja de darnos el alimento diario, y nos ayudará a ser solidarios con todos, como la Hermandad acostumbra.

PERDONA NUESTRAS OFENSAS; que son muchas y se van acumulando. Señor, ayúdanos a reconocer nuestras miserias, y así poder contemplar el Perdón Divino. «Al que poco se le perdona, poco ama». (Cf. Lc 7, 47)

COMO TAMBIÉN NOSOTROS PERDONAMOS A LOS QUE NOS OFENDEN; si no tenemos experiencias del perdón de Dios, es complicado saber perdonar a nuestros hermanos. Cuando perdonamos bebemos de la fuente de Misericordia del Señor.

NO NOS DEJES CAER EN LA TENTACIÓN; como puede ser la fuente del desamor, del egoísmo, de la soberbia, de la ira, y de toda debilidad humana. Señor, no nos dejes coger el camino que conduce al pecado, ayúdanos a vencer la tentación con la oración, como Tú nos enseñaste.

Y LÍBRANOS DEL MAL; Padre, guarda del mal físico y espiritual, a todos los hermanos de S. Esteban. Protégenos con tu Amor de Padre, para que el mal no destruya nuestro espíritu de Hermandad.
¡QUE ASÍ SEA!

«Y su Madre guardaba todas estas cosas en su corazón». (Lc 2,51)

María Santísima Madre de los Desamparados; Madre de Dios, Madre de la Iglesia, y Madre nuestra, los hermanos de San Esteban. Señora, Tú que eres modelo de fe, de esperanza, de caridad, y de todas las virtudes, enséñanos a ser fieles discípulos de tu Hijo, Nuestro Padre Jesús de la Salud y Buen Viaje. Tú, que te quedaste a los pies de la Cruz, sufriendo por Tu Hijo, confórtanos en las tristezas. A ti, que el anciano Simeón te predijo que: «... una espada te traspasará el alma», (Lc 2,35) Tú sabes muy bien de dolor y sufrimiento, por eso sabes ampararnos en las dificultades de nuestras vidas. Señora, como corredora y mediadora de todas las Gracias, intercede por nosotros y ampara a tus hijos de San Esteban.

Virgen Bienaventurada, vuelve la mirada de tu cara morena,
y acoge las súplicas de tus hijos desamparados,
Madre de Dios y Madre del Cordero humillado,
llévanos a la Ojiva del cielo al dejar la vida terrena.

Me gustaría Señor, agradecerte todos los bienes, dones y gracias que me has dado a lo largo de mi vida. Empezando por la propia vida, la fe, mi familia, el trabajo, mis hermanos de S. Esteban y todas mis amistades. Gracias por tu Bondad y Misericordia que me acompañan y me dan fuerzas todos los días. Gracias por la salud y por guiar mis pasos, siempre, ante todas las dificultades. Gracias, Señor, por amarme tal y como soy, con mis imperfecciones y muchas veces

indigno de Tu Amor. Pero Señor, solo Tu Amor me basta, porque «no nos trata como merecen nuestros pecados, ni nos paga según nuestras culpas». (Sal 102,10)

Gracias Señor por la extensa y productiva vida pastoral de nuestro apreciado y querido D. José. Él es un gran referente y guía espiritual para nuestra vida de Hermandad. Él ha contribuido, con su buen hacer, a que nosotros te amemos más y mejor. Te pido Señor, por su salud y que nos lo sigas bendiciendo, porque estando él bendecido, lo estamos todos sus hermanos.

Señor, también quiero agradecerte, que me hayas ayudado a realizar esta meditación. Sabes, que ha sido para mí, como hacer unos ejercicios espirituales de gran provecho, contemplando y meditando las humillaciones que recibiste en tu Pasión. Espero y deseo, que todo haya sido para mayor Gloria tuya, Nuestro Padre Jesús de la Salud y Buen Viaje.

«¿Cómo pagaré al Señor todo el bien que me ha hecho?» (Sal 115,12)

Como hemos visto, numerosos autores espirituales se han conmovido ante esta imagen de Cristo maltratado y humillado; como lo hizo Fray Luis de Granada, en su preciosa obra “Vida de Cristo”, que nos hace meditar con su elegancia de estilo y unción especial de enamorado de Jesucristo, de la siguiente forma:

«Si sola tu muerte bastaba para redimirnos, ¿para qué tantos ensayos? ¿Para qué tantas invenciones y maneras de vituperios?... ¿No bastan los tormentos que se han usado en todos los siglos pasados, sino que se han de inventar otros nuevos en tu Pasión? Bien veo, Señor mío, que no eran estas injurias necesarias para mi remedio; bastaba para esto una sola gota de tu sangre. (...) Mira la grandeza de su amor, la medida de sus ojos, la dulzura de sus palabras, su autoridad, su mansedumbre, su serenidad y aquel aspecto suyo de tanta veneración. Míralo tan humilde con sus discípulos, tan blando con sus enemigos, tan grande para con los soberbios, tan suave para con los humildes y tan misericordioso para con todos. (...) Y después que así lo hubieres mirado y deleitándote de ver una tan acabada figura, vuelve los ojos a mirarlo tal cual aquí lo ves, cubierto con aquella púrpura de escarnio, la caña por cetro real en la mano y aquella horrible diadema en la cabeza, y aquellos ojos mortales, y aquel rostro difunto, y aquella figura toda borrada con la sangre y afeada con las salivas que por todo el rostro estaban tendidas. (...) Y no pienses esto como cosa ya pasada, sino como presente; no como dolor ajeno, sino como tuyo propio. A ti mismo ponte en lugar del que padece y mira lo que sentirías... (...) Mis pecados son, Señor, las espinas que te punzan; mis locuras, la púrpura que te escarnece; mis hipocresías y fingimientos, las ceremonias con que te coronan. Yo soy tu verdugo, yo soy la causa de tu dolor. (...) Porque tomaste mi muerte, me diste tu vida. Porque tomaste mi carne, me diste tu espíritu. Porque tomaste

sobre ti mis pecados, me diste tu gracia. Así que, Redentor mío, todas las penas tuyas son tesoros y riquezas mías. Tu púrpura me viste, tu corona me honra, tus cardenales me hermocean, tus dolores me regalan, tus amarguras me sustentan, tus llagas me sanan, tu sangre me enriquece y tu amor me embriaga. (...) Con la púrpura encendida de ese amor sostienes esa púrpura de escarnio, y con el celo de mi aprovechamiento esa caña en la mano, y con la compasión de mi perdimiento esa corona de confusión».¹⁰

Y después de todo, Señor, con tu Espíritu de servicio y amor, Tú nos podrías preguntar, lo que pregunta el Lema de nuestra Hermandad:

«¿Qué más puedo hacer por vosotros?»

Y nosotros responderte con fe:

«El Señor ha estado grande con nosotros, y estamos alegres» (Sal 125,3)

«Te doy gracias, Señor, de todo corazón, porque escuchaste las palabras de mi boca; (...) Señor, Tu misericordia es eterna, no abandones la obra de tus manos» (Cf. Sal 137, 1.8)

«¿Cómo pagaré al Señor todo el bien que me ha hecho?» (Sal 115,12)

¹⁰ Cf. DE GRANADA, Fray L., *Vida de Cristo*, Edibesa, Madrid 2003, 2ª Edición, pág. 250 y ss.